

Sumario

A partir de los nuevos tiempos que se viven en la sociedad y en la Iglesia, el autor justifica la realización de una V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y valora el recorrido pastoral que se ha hecho desde Santo Domingo. Destaca, en primer lugar, la rica herencia de la IV Conferencia (1992), sintetizada en los tres grandes ejes que han quedado incorporados en el patrimonio teológico y pastoral de la Iglesia: Nueva Evangelización, Promoción Humana e Inculturación del Evangelio. En segundo lugar, describe los avances logrados en el Sínodo de América (1997) tanto en el campo de la comunión eclesial continental como en la reflexión teológico pastoral que centró el caminar de la Iglesia en el encuentro con Jesucristo, camino de conversión, de comunión y de solidaridad. Finalmente, analiza las líneas maestras y las propuestas que presenta el Documento de Participación, identificando los elementos nuevos y los vacíos, y subrayando como un acierto la realización de un gran trabajo misionero en América Latina y el Caribe.

De la IV a la V Conferencia General. Avances, dificultades, propuestas 1992 a 2007

Javier García, L.C.

Doctor en Teología Dogmática, de la Pontificia Universidad de Santo Tomás. Licenciado en Filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana.

Con el advenimiento de Benedicto XVI ha llegado al pueblo de Dios que está en América el anuncio de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Y la promesa de participación en ella del mismo Papa. El lugar elegido es el Santuario de la Bien Aparecida, Patrona del Brasil. El título se presenta cargado de buenos presagios y de significación: **Discípulos y misioneros de Jesucristo. Para que nuestros pueblos en Él tengan vida.** *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”* (Jn 14.5), Desentrañémoslo siquiera sea brevemente.

Introducción

El tema resalta la persona de Cristo como centro de toda la vida de la Iglesia, situándose así en la estela de Santo Domingo que recordaba cómo Jesucristo ha estado presente ayer, lo está hoy y lo estará el día de mañana y siempre (Hb 13, 8). Y en la del Sínodo de América, cuya reflexión parte de *“Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad”*. Las asambleas de Santo Domingo, del Sínodo de América y de la Bien Aparecida son actos eclesiales profundamente cristológicos, como en su momento lo fue también la de Puebla. Subraya asimismo el título el propósito de despertar y vivir el *discipulado y la misión*, dimensiones esenciales del ser cristiano y tareas las más urgentes hoy en América Latina y en el mundo.

“Para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, es un volver a la afirmación de fe de Pedro de que sólo Él “tiene palabras de vida eterna” (Jn 6, 68), pues Él es “el camino, la vida y la vida” (Jn 14,5).

1. La primera reflexión introductoria, muy elemental, es que de Santo Domingo a la Bien Aparecida hay una gran distancia, no tanto espacial ni tanto cronológica, cuanto cultural. En efecto, entre la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI los cambios

culturales en la edad contemporánea son más acelerados que hace medio siglo. La aceleración de la historia es uno de los fenómenos más inquietantes de nuestro tiempo. Desde hace unas décadas en menos tiempo suceden más cosas, en más lugares y con mayor intensidad. Y, lo que es más perturbador, cada individuo es testigo mediático de tales hechos.

Algunos ejemplos: considérese la envergadura de hechos epocales como la caída del muro de Berlín -año 1989-, signo y símbolo de la descomposición de la ideología marxista y del fracaso de los estados comunistas que en ésta se inspiraban. O bien, el ataque a las torres gemelas del World Trade Center, de New York, el 11 de septiembre del 2001, con la consiguiente guerra en Afganistán, en Irak y la explosión “atómica” -en cadena de pequeños núcleos- del fundamentalismo islámico contra “el sistema de vida occidental” -por decirlo de una manera aproximada-. Samuel Huntington lo ha llamado “el choque de las civilizaciones”; el término es un poco efectista y exagerado y requeriría matizaciones. Benedicto XVI nos invita a hablar mejor de diálogo entre las culturas¹.

Otro fenómeno: la paradoja de la Comunidad Europea que, habiendo nacido de la tradición cultural judeocristiana y grecorromana, no ha querido reconocer en su carta constitucional sus raíces cristianas. Esto requeriría una reflexión histórico-filosófica, que partiera del siglo XVIII para constatar cómo muchos de los postulados anticristianos del Iluminismo siguen en plena vigencia en la “moderna” Europa del siglo XXI.

En cambio, fenómenos como el advenimiento de China como potencia económica son de menor magnitud de la que se cree a primera vista, por una razón muy simple y trascendental: mientras China vende en todo el occidente sus baratijas tecnológicas, es guiada por patrones y criterios del capitalismo occidental y no por su antiquísima sabiduría confuciana ni por la posterior ideología del Libro Rojo de Mao. El capitalismo chino no va a alterar el modelo cultural occidental ni, en concreto, de América Latina, más de lo que lo está alterando el capitalismo norteamericano o europeo.

¹ Discurso al Cuerpo Diplomático, 9 de enero de 2006.

Estos ejemplos nos dicen que al hombre del año 2006 le resulta muy difícil asimilar espiritualmente todos estos hechos y calcular su alcance cultural o político. ¿Quién puede decir que haya asimilado suficientemente e integrado en una síntesis de sentido los fenómenos que acabamos de mencionar? Todos tenemos la sensación de que asistimos a eventos políticos, ideológicos, sociales, que por su magnitud sobrepasan nuestra capacidad de asimilación en tiempos breves. Y sin embargo, hay que seguir navegando, sin tiempo para pensar y reconsiderar las coordenadas de ruta.

2. A los nuevos tiempos de la sociedad, hay que añadir los nuevos tiempos de la Iglesia. Aquí bastaría mencionar, a nivel universal, el paso de la era de Juan Pablo II -personalidad gigantesca y polifacética- a la era de Benedicto XVI -personalidad asimismo fuera de serie, pero con otro talante y otro estilo-. Vivo en Roma desde hace cuatro décadas; me ha tocado asistir a la muerte de Pío XII, de Juan XXIII, de Pablo VI, de Juan Pablo I y de Juan Pablo II, pero no acabo de asimilar ni mental ni espiritualmente el fenómeno de la muerte del Papa Wojtyła. Decir que fue un tsunami a nivel mundial y eclesial es aproximarse a la realidad: una suerte de ola gigantesca que derrumbó esquemas, trastocó conceptos, rompió moldes, tiró muros de encasillamientos y sacudió los pilares de muchos espíritus. Aunque la imagen más adecuada para describir la muerte del Papa polaco tendría que ser la de Pentecostés: viento vigoroso, lenguas de fuego, transformación de los espíritus.

Pocos años antes, también promovido por el Papa Juan Pablo II, la Iglesia vivió otro momento intensísimo de Pentecostés, que repercutió no solo en la Iglesia, sino también en el mundo, fue el Gran Jubileo del año 2000.

3. Tales eventos universales han tenido gran eco y han dejado huella bien marcada en América Latina: el afecto entrañable de nuestro pueblo al Papa Juan Pablo II a lo largo de estos 26 años de pontificado. Asimismo está el Jubileo de la redención que tocó raíces hondas y renovó el corazón de América. Están también el Sínodo de América, en 1997, en preparación del Gran Jubileo del año 2000, los Comla 5, en 1995, y 6, en 1999, el Congreso Eucarístico internacional de Guadalajara, en 2004, que han venido a

enriquecer la vida cristiana del pueblo latinoamericano. Otro gran fenómeno que está cambiando la faz política de América Latina es la progresiva desaparición de la guerrilla; su contrapartida, el advenimiento de gobiernos de talante socialista y populista, está cubriendo de nubarrones el horizonte: allí están los casos de Venezuela, Bolivia, Brasil, Chile, Argentina, Uruguay; y el riesgo análogo de México, Ecuador y Perú.

Por todo ello, llegamos a una conclusión que parecería de Perogrullo: estamos en una nueva época, distinta de 1992. Y a nuevos tiempos, nuevos proyectos. De la novedad de esta situación, se deduce la conveniencia de una nueva Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

En este trabajo nos proponemos repasar la herencia de Santo Domingo y del Sínodo de América, con la mirada puesta en la V Conferencia General, para deducir avances y dificultades. Y para presentar algunas sugerencias.

I. LA HERENCIA DE SANTO DOMINGO

Habiendo trabajado intensamente en primera persona en la IV Conferencia General de Santo Domingo² y en todas las fases del Sínodo de América³, conozco de primera mano la elaboración de sus documentos. Resumo aquí brevemente lo que he expuesto de modo amplio en otros trabajos⁴.

² Me tocó trabajar como teólogo perito de la Pontificia Comisión para América Latina en Santo Domingo, en octubre de 1992. Fruto de este trabajo es, entre otras obras, el libro *"Santo Domingo en marcha, Una Iglesia en estado de nueva evangelización"*, Santa Fe de Bogotá, Celam, 1993.

³ Fui asimismo teólogo experto en el Sínodo de América, desde la fase de preparación del Documento de Consulta, en la elaboración del Documento de Trabajo y durante la celebración de la Asamblea Sinodal. Fruto de esta participación fue, entre otros trabajos, el libro *"Historia del Sínodo de América" (Historia y documentos)*, ed. Nueva Evangelización, México, D.F., 1999.

⁴ Me refiero, entre otros, a los artículos: *Cultura cristiana en América Latina*, en *Ecclesia* 4 (1993) 407-429; *El reto de la nueva evangelización en el Documento de Santo Domingo*, en *Ecclesia* 1 (1994) 19-38; *Inculturación ayer y hoy: culturas mestizas, indígenas y afroamericanas*, en *Ecclesia* 2 (1995) 153-178. Y a los libros: *Santo Domingo en marcha. Una Iglesia en estado de nueva evangeliza-*

Cada Conferencia general del Episcopado latinoamericano es un laboratorio de ideas y propuestas pastorales, a la vez que un momento de balance y diagnóstico de la situación. Una Conferencia general marca también un arranque para una nueva etapa pastoral en la década siguiente. La intervención del Santo Padre equivale al espaldarazo oficial a los pastores de América Latina para iniciar la nueva etapa aprobando el documento final.

Del enunciado del tema se deducen ya las grandes preocupaciones de la Iglesia latinoamericana del año 1992: "*Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre*" (Hb 13,8). Los tres grandes ejes de Santo Domingo han quedado incorporados en el patrimonio teológico y pastoral de la Iglesia, de nuestra Iglesia.

1. Nueva evangelización

Ante una situación muy delicada en que el pueblo de Dios iba perdiendo su identidad católica -ignorancia de su fe, confusión religiosa creada por la explosión de las sectas, propaganda de otras confesiones cristianas, mentalidad secularista de la nueva sociedad-, los pastores convocan a todos los cuadros de la Iglesia a una nueva evangelización. Si hasta los años 70 -conferencia de Puebla- todavía se podía hablar de un pueblo cuya alma se identificaba con la religiosidad y el rostro católico, a partir de Santo Domingo, año 1992, tal afirmación se torna problemática.

Por otro lado, con el advenimiento de la sociedad postmoderna -por llamar de algún modo a la etapa que viene después del derrumbe de las ideologías- y con la llegada de la globalización en los diversos campos en la vida social, religiosa y cultural, los cambios son de tal

ción, ed. Celam, Santafé de Bogotá, 1993, pp.274. *Cultura y nueva evangelización desde el Documento de Santo Domingo*, ed. Vida y Espiritualidad, Lima (Perú) 1993. Y a los artículos sobre el Sínodo de América: "*Rostros de Cristo en el Sínodo de América*", en *Ecclesia* 4(1997) 513-545; *Cristo en América al despuntar el nuevo milenio. Comentario teológico pastoral a la Ecclesia in America*", en *Ecclesia* 3(1999) 287-315. *Hacia una teología india en América*, 1ª. Parte, en *Ecclesia* 2(2003) 183-204 y 2ª. Parte, ib. 3(2003) 321-347. Y el libro: *Historia del Sínodo de América*, ya citado más arriba. O el libro: *El rostro indio de Jesús. Hacia una teología indígena en América*, ed. Diana, México, D.F., 2003

envergadura, que la fe del pueblo cristiano de América Latina se ve amenazada en sus mismas raíces.

De aquí la oportunidad de una nueva evangelización convocada por Juan Pablo II, primero para América Latina y, más tarde, en el Gran Jubileo del año 2000, para toda la Iglesia universal. Entre las consignas de Santo Domingo, pienso que la nueva evangelización sea la tarea más importante y actual: renovar métodos, renovar lenguajes y, sobre todo, renovar actitudes. En la práctica pastoral y en la vida real del pueblo de Dios, ¿qué se ha hecho por la nueva evangelización?

Es difícil cuantificar la traducción de esta consigna pastoral a la vida de cada día de las iglesias particulares esparcidas a lo largo y ancho del continente latinoamericano. Podemos estar seguros que la intensidad y el esfuerzo por renovar la evangelización ha estado presente en el ánimo de los responsables de la pastoral a nivel diocesano, parroquial y de grupos de apostolado y vida cristiana. A nivel continental, han sido momentos fuertes de renovación evangelizadora los COMLAS 5, en Belo Horizonte (Brasil), 1995, COMLA 6, en Paraná (Argentina), 1999, y COMLA 7, en Guatemala, 2003. En ellos se ha vuelto a recordar al pueblo de Dios que todo bautizado es enviado por el Espíritu Santo a testimoniar el Evangelio. También se ha celebrado en estos años el Congreso Eucarístico Internacional, en Guadalajara (México), octubre de 2004, ocasión en que el pueblo de Dios fue invitado a volver al corazón de su fe cristiana que en la presencia real de Cristo en la eucaristía tiene su sístoles y diástoles propias. Normalmente la gestación y desarrollo de un congreso eucarístico internacional equivale a un proceso de reflexión, catequesis y vivencia de los núcleos principales del misterio cristiano.

Momento intensísimo de nueva evangelización fue el Gran Jubileo del Año 2000: la dinámica de su preparación inmediata con los tres años trinitarios -dedicados al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, respectivamente- fue como una piedra lanzada en un estanque: las olas concéntricas se fueron expandiendo y alcanzaron los puntos más remotos. Todo el pueblo de Dios a nivel continental, nacional, diocesano, parroquial y familiar se vio envuelto por la onda del gran Jubileo de la redención. Luego cada continente celebró su propio sínodo, como período de reflexión y oración, de examen y proyecto para su propia andadura cristiana en el siglo XXI.

Creo yo que estamos viviendo un período de intensa evangelización en América Latina que abarca un arco de cincuenta años: la creación misma del CELAM, con sus cuatro grandes Conferencias Generales a partir de 1955, en Río de Janeiro, con una periodicidad cada 10 años, ya es un proceso vigoroso de nueva evangelización. Tal proceso se intensifica con la toma de conciencia del anhelo de liberación que los obispos reunidos en Medellín (1968) perciben en el pueblo de Dios y al que dan cauce señalando ante todo la liberación pascual que Cristo trae el hombre, del pecado, del egoísmo y de la muerte, y desencadenando un proceso que a la larga se revela constructivo.

El proceso de nueva evangelización recibe impulso y aceleración con la exhortación apostólica "*Evangelii Nuntiandi*" (1975), de Pablo VI, en la que Puebla encontrará guía segura para sus reflexiones. En Puebla (1979), con la verdad sobre Jesucristo, verdad sobre la Iglesia y verdad sobre el hombre, estamos en una etapa de nueva síntesis de las tensiones. El discurso introductorio de Juan Pablo II fue un momento culminante, lleno de luz, en el que los fermentos dispersos y algunos enloquecidos, de un liberacionismo ideologizado y violento, fueron llevados a una sorprendente síntesis teológica y pastoral.

En Santo Domingo (1992) se oficializa el tema y la reflexión de la nueva evangelización y se la junta de modo connatural al de la promoción humana y al de la cultura cristiana.

2. Promoción humana

El panorama político ha cambiado en América Latina: de una gran parte de países con gobiernos dictatoriales o autoritarios, se ha pasado a democracias incipientes; sin embargo, todavía hay grandes desequilibrios económicos y sociales; más aún, a los sectores clásicos de pobreza -obreros, campesinos, periferias- se han venido a añadir nuevos rostros de pobres: niños de la calle, mujeres indígenas, afroamericanos, migrantes, tóxicodependientes, etc. No se ha erradicado la corrupción, la violencia, el narcotráfico; sigue la destrucción de los recursos naturales. Por lo cual se hace urgente la promoción humana en todos los niveles y en todos los sectores. Se pone el acento en la educación primaria, media y superior, en el desarrollo del campo, de la ciencia y de la técnica; en la educación social y ética de las personas, en el desa-

rollo sostenible, ético y ecológico. Caídas las ideologías socialista y liberacionista, hay una creciente estima por la doctrina social cristiana.

3. Cultura cristiana

Otro gran tema que Santo Domingo se propuso analizar fue el de la cultura en relación a la fe cristiana. Desde Puebla el tema se había presentado a la atención de los obispos como una dimensión importantísima de la evangelización, vista sobre todo a través de la religiosidad del pueblo de América Latina. A partir de la "*Redemptoris Missio*" también se la ve a través de los modernos arcópagos que son como talleres donde se forja y crea la cultura: medios de comunicación, foros políticos, financieros, concentraciones deportivas, centros y grupos de investigación, grupos de defensa de los derechos humanos, de lucha por el medio ambiente.

Santo Domingo recoge estas directrices y las hace suyas. Ahora la Iglesia tiene que vérselas también con la cultura moderna y postmoderna, con la cultura urbana de las megápolis, con las culturas de diversos grupos, originarios o importados: puesto que en 1992 se celebraba el IV Centenario del descubrimiento de América, los grupos americanos autóctonos y los grupos africanos, trasladados a la fuerza a América, reclamaban su propio espacio para expresar su identidad cultural.

El discípulo de Cristo ha de estar allí donde está el hombre para alumbrar sus pasos con la lámpara del Evangelio. Aquí tenemos otra disciplina pendiente en América Latina, la evangelización de la cultura, que tiene como contrapartida la inculturación del Evangelio. Es un juego circular, primero el evangelio es anunciado a las culturas y, luego, evangelizadas las culturas, expresan ellas el evangelio, lo "dicen" en su propia lengua cultural: formas religiosas, tradiciones, literatura, poesía, música, etc. La inculturación del Evangelio es otra de las grandes tareas pendientes.

En los siglos XVI, XVII y XVIII los grandes evangelizadores de América eran personas de un gran bagaje cultural, formados en Salamanca, Alcalá o Coimbra, afrontaban la situación de modo iluminado y supieron dar respuesta adecuada a los grandes retos culturales que se les presentaron: lingüístico, artístico, social, antropológico, teológico.

¿Dónde están hoy los evangelizadores capaces de dialogar adecuadamente con los comunicadores y periodistas, con los intelectuales e investigadores, con los literatos y los artistas, con los gobernantes y políticos desde el corazón del Evangelio, pero también, desde las exigencias de la antropología, la sociología, la política, la finanza y la ciencia? Tarea ardua les espera a los evangelizadores que quieran estar a la altura de los retos de hoy en América Latina.

4. Jesucristo ayer, hoy y siempre (Hb 13,8)

Sin embargo, la gran aportación de Santo Domingo fue la confesión explícita de fe en Jesucristo al inicio de cada cuestión, completando así el llamado "método teológico latinoamericano" de ver, juzgar y actuar -que en realidad surgió en el seno de la JOC (juventud obrera católica), como método de compromiso y vida cristiana-. El método latinoamericano se estaba encerrando en un callejón ideológico sin salida: el primer momento, *ver*, era determinado por el método del análisis marxista, que prejuja todo el ulterior proceso, coloreándolo todo de ideología. El discípulo de Cristo no puede empezar con una visión neutra de la realidad, como si no hubiese tenido lugar la encarnación del Hijo de Dios y la renovación pascual del hombre. El cristiano renovado por Cristo en el bautismo es una "*kainé ktisis*" o nueva creación, como la llama San Pablo, con unos ojos nuevos para ver el mundo, las cosas, a sí mismo y las situaciones en que vive. Esta nueva visión se la da Cristo; y desde Cristo, analiza la realidad, la juzga luego a la luz de su Palabra y la traduce a la acción. La referencia constante a Cristo da al Documento de Santo Domingo su alma y su vibración, evitando que quede en mero análisis sociológico, político o cultural.

II. EL SÍNODO DE AMÉRICA

El Sínodo de América, se celebró en Roma en 1997, bajo el tema: "*Encuentro con Jesucristo vivo hoy, camino de conversión, de comunión y de solidaridad en América Latina*". Como se sabe, fue un Sínodo preparatorio para que el pueblo americano celebrara con fruto el gran Jubileo de la redención, del año 2000. Más que práctica eclesial periódica, el Jubileo de la redención en su fase preparatoria y en su momento celebrativo, fue vivencia intensísima de evangelización: se

incrementó en todo el continente el estudio y la meditación de la Palabra de Dios y los cristianos tuvieron encuentros vivificantes con Cristo en la gracia de los sacramentos y en la recepción misma de la indulgencia plenaria.

Para los obispos del continente reunidos en la asamblea sinodal, el sínodo fue una gran oportunidad para reflexionar en común sobre la fe cristiana hoy en América, en el contexto de la nueva evangelización, animados por Cristo y guiados por el Espíritu Santo (*Ecclesia in America*, n.6). Por intuición grandiosa de fe, Juan Pablo II quiso que fuera un sínodo continental -Canadá, Estados Unidos, América Latina y el Caribe- que debía reflexionar sobre América como realidad única. Se puede hablar de una identidad cristiana -aunque no católica por las distintas confesiones cristianas-, y sobre todo, de una misma aspiración de todos los pueblos americanos de llegar a formar una grande y única familia continental, aunque conservando cada uno su propio perfil cultural. También es común a las sociedades americanas la mentalidad hedonista y amoral que difunden los mass media en todo el continente, como es común la difusión de la droga, el sur como productor y, en parte, también como consumidor, y el norte como consumidor.

Hay también una serie de factores de globalización que envuelven a todos los países americanos, aunque en diferente medida y con diferentes funciones: los medios de comunicación social -hay un flujo constante de norte a sur y, también, de sur a norte-; el flujo de mercado y de capitales nos recuerda una suerte de vasos capilares sanguíneos que recorren todo el cuerpo americano. Cada día es más claro que todos los países se necesitan y complementan mutuamente, para el uso y explotación de los recursos naturales, para la conservación de los delicados equilibrios ecológicos, para el uso de aguas internacionales, para la seguridad continental e internacional.

De hecho, ya se han empezado a formar comunidades supranacionales económicas, de transportes y de intercambio de recursos naturales y de capital humano, como el Tratado de Libre Comercio, entre Canadá, Estados Unidos y México; el Mercosur, en el Sur del Continente y varios bloques regionales más. Esto es preludio de un movimiento de pueblos y naciones que acabará por cristalizar en diversas formas de unidad continental. Todo ello, a la vez que puede originar contrastes

fuertes de diversas tradiciones e idiosincrasias culturales, puede ser también ocasión para un fecundo diálogo de culturas que termine por enriquecer a todos.

“Ecclesia in America”

Nos fijamos ahora en algunos aspectos de la exhortación apostólica *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999). En el capítulo V sobre la solidaridad, señala la exhortación algunos temas sobre los que la Iglesia ha de empeñarse: como el amor preferencial por los pobres y marginados (n.58), la deuda externa, la corrupción, el ya aludido de las drogas, la carrera de armamentos, la anticultura de la muerte, los pueblos indígenas y los americanos de origen africano, los migrantes.

Igualmente, indica los campos abiertos para una evangelización de urgencia, como es la catequesis de niños, jóvenes, adultos, familias y profesionales, la doctrina social de la Iglesia como instrumento para iluminar el compromiso cristiano social, político y económico; evangelizar los centros educativos, evangelizar los medios de comunicación social, hacer frente al desafío de las sectas. Y como gran consigna y gran tarea, la invitación a la “*missio ad gentes*”, que hoy empieza a las puertas de nuestra casa, dentro de la sociedad, antes cristiana, hoy secularista y semipagana.

La “*Ecclesia in America*” señala a Jesucristo vivo como roca firme sobre la que se ha de levantar la nueva evangelización, la comunión y la solidaridad. Ya el tema mismo del Sínodo nos dice que Cristo es la raíz y el tronco con tres ramales principales: conversión, comunión y solidaridad, en una secuela de lógica evangélica profunda. Si es raíz, les da savia y los vivifica para que ellos a su vez produzcan fruto. En otras partes hemos hecho la lectura de la **crisología** del sínodo y de esta exhortación apostólica⁵. A estos trabajos nos remitimos para una lectura más amplia de su crisología. Aquí aludimos a algunos rasgos de la misma.

Tres notas encontramos en la crisología de la “*Ecclesia in America*”: es una crisología *trinitaria* (n.10): no se puede hablar de Jesucristo sin referencia esencial a Dios. Y hablar de Dios es hablar del Dios Padre de N.S. Jesucristo al que ama con el fuego del Espíritu.

Jesucristo camino para la comunión (cap. VI), en realidad, es camino que nos lleva al seno de la comunión trinitaria y de ahí, al abrazo de la comunidad eclesial: “*Como tú, Padre en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros*” (Jn 17,21). De aquí que sea también una crisología *eclesial*, donde la Iglesia es vista como lugar del encuentro con Cristo vivo. Aquí la dimensión eclesial se despliega en tres ejes, el litúrgico -que nos ofrece el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía-, el comunitario -a Cristo lo encontramos en los pastores y en los hermanos, sobre todo en los más pequeños-, y el eje mariano: María es “*christóphora*”, portadora de Cristo para que los hombres y mujeres se encuentren con Él. Y es una crisología *antropológica*: toda ella planteada como crisología de encuentro, categoría exquisitamente antropológica y personalista. Y Cristo se encuentra con todos los hombres -de aquí su universalismo- y con todo el hombre -de aquí que abarque su dimensión espiritual, pero también su dimensión social, económica, política y, sobre todo, cultural-.

En el sínodo de América podemos encontrar diversos rostros de Cristo o, si preferimos, diversos rasgos que forman el perfil único y misterioso de Cristo. El rostro de Cristo inculturado, con múltiples manifestaciones: el rostro indígena, el rostro afroamericano, el rostro de Cristo moderno y postmoderno de las megápolis latinoamericanas, el rostro mestizo del Cristo de la religiosidad popular. Luego está el rostro del Cristo reconciliador, el rostro del Cristo creador de comunión, el rostro de Cristo solidario y liberador. Como vemos, el alma del sínodo de América y de su posterior exhortación apostólica “*Ecclesia in América*” es Jesucristo, o mejor, el rostro de Jesucristo hoy.

III. EL DOCUMENTO DE PARTICIPACIÓN PARA LA V CONFERENCIA GENERAL

Vengamos ya al Documento de Participación. En él analizaremos las líneas maestras y las propuestas para la actual coyuntura de la Iglesia que

⁵ Ver, por ejemplo, *Rostros de Cristo en el Sínodo de América*, en *Ecclesia* 4(1997) 513-545. Y “*Cristo en América al despuntar el nuevo milenio*”, en *Ecclesia* 3(1999) 287-315.

está en América. De la confrontación entre dichas propuestas y el camino recorrido de Santo Domingo (1992) a la Bien Aparecida (2007), deduciremos avances y dificultades. Cerraremos este panorama con una sugerencia personal para la Iglesia que está en América latina orientada a la misión, para hacer de los latinoamericanos un pueblo en estado de misión.

A. Elementos nuevos

Hay algunos elementos **nuevos** en el Documento de participación en relación al Documento de Santo Domingo:

1. **Nueva época:** el primero, que me parece un acierto, es el haber subrayado que el III milenio marca también una **nueva época**, de la que nos da los rasgos principales: cambio, globalización, choque de civilizaciones; al tiempo que se pregunta qué han de hacer los discípulos de Jesús, para terminar describiendo signos de esperanzas y temores.

Cambios: toda nueva época nace en medio de convulsiones, como si fueran dolores de parto, provocados por las cosas viejas que caen y pasan, y los cambios necesarios que pugnan por abrirse paso. Cambios en ámbito religioso, ético, cultural, científico, político, tecnológico, económico, de comunicación e información. Todo ello de algún modo es subsumido por un fenómeno que comprende todos estos cambios y que, a la vez, es fruto de ellos, la globalización.

La globalización: tales cambios afectan no solo ni principalmente a cambios tecnológicos, sociales o políticos, sino también y, sobre todo, a cambios antropológicos en el mundo de valores de la persona, de su modo de ser, pensar y comportarse; pensamos en el mundo de la bioética, de los comportamientos morales, de las formas del pensamiento filosófico en el que se insinúa el relativismo frente a la verdad ontológica, religiosa y aun teológica. El término mismo de *globalización* es aproximativo, como una suerte de “contenedor” amplio y elástico, de bordes imprecisos para permitir cobijarse dentro de él a la casi totalidad de fenómenos sociales de hoy.

Nuestra sociedad y nuestro mundo se han convertido en una suerte de aldea global donde todo evento en ella se vive comunitaria-

mente y de algún modo afecta a todos. Con el advenimiento de la TV satelital, de internet, de las grandes agencias informativas, el mundo se ha “achicado” y nosotros hemos llegado a ser espectadores “mundiales”. Transporte, videoteléfono, política de “grandes comunidades”, todo tiende a borrar distancias y “a servirnos el mundo” en nuestra mesa de trabajo.

La globalización también afecta, aunque en diversa medida, a los países de América Latina, pues hoy no hay ángulo aislado del planeta; para bien o para mal, todos estamos involucrados en esta vida global, sus ritmos y sus contenidos nos afectan. Pueden diversos países de América Latina ser contados entre algunos de los más pobres; sin embargo, a todos nos llega la onda de la globalización y somos tocados por la onda expansiva de la globalización.

2. **Actitud del discípulo de Cristo:** ¿Cómo ha de comportarse la Iglesia de América Latina ante el fenómeno de la globalización? ¿Cuál debe ser la actitud de cada cristiano? La Iglesia y el discípulo de Cristo lo viven como un desafío y como una oportunidad de llevar a cabo su misión de anunciar la buena nueva en circunstancias especialmente difíciles. Como tareas especialmente arduas y urgentes el Documento señala la creencia y la increencia cada día más difundidas, el laicismo y la agresividad contra la Iglesia, las sectas y las religiones no cristianas.

También anota con preocupación el Documento la disminución del número de católicos, que traducido a cifras se nos dice que es del 10% en la última década de 1995 a 2005, es decir, algo así como 40 millones menos de católicos, si ponemos la totalidad de católicos en América Latina como 450 millones. ¡A este paso en algo menos de un siglo los católicos latinoamericanos habrían pasado prácticamente a las catacumbas! Creo que los datos numéricos, aunque no lo digan todo, sí nos han de hacer reflexionar y, sobre todo, han de estimularnos a trabajar responsablemente en la evangelización.

¿Cómo se ha comportado la Iglesia ante el reto de la evangelización? Al inicio de la evangelización de América, la Iglesia actuó creativamente a través de misioneros celosos y bien preparados -religiosos y obispos diocesanos, numerosos laicos conscientes y comprometidos-, con una **inteligente sinergia** de la que formaban parte la corona de

Castilla y de Portugal, las Órdenes religiosas y el Sumo Pontífice de Roma. Esta acción permitió a la Iglesia no solo arrojar la semilla del Evangelio, sino también cultivarla, ayudarla a desarrollarse y fructificar. Así nació la Iglesia y la nueva sociedad cristiana latinoamericana y así se formó una rica religiosidad del pueblo creyente, que es como decir así se formó la cultura que ha sellado el alma del pueblo latinoamericano (cfr. Documento de Puebla, n. 444).

A fines del siglo XIX se celebró en Roma el primer Concilio Latinoamericano y a mediados del siglo XX nació en Brasil, en Río de Janeiro, el Consejo Episcopal Lationamericano, CELAM, que desde entonces ha impulsado y coordinado la labor pastoral y la reflexión teológica de América Latina.

Igualmente la Iglesia ha proseguido su ritmo de evangelización a través de las estructuras ya establecidas: diócesis, parroquias, movimientos, escuelas, familias; a través de las actividades en el campo social - hospitales, casas de cura, cooperativas agrícolas y laborales, patronales, medios de comunicación, ayuda y asistencia a migrantes y desplazados, comedores, casas de acogida de niños huérfanos, de ancianos, de madres solteras, etc.-. Por otro lado, tiene delante de sí la gran tarea de la formación de los laicos para que tomen conciencia de su compromiso bautismal: ellos son los constructores de la sociedad civil según el designio de Dios, ellos los que han de santificar las realidades temporales.

La Iglesia de América Latina camina entre gozos y tristezas (*Gaudium et Spes*, 1) entre logros y problemas: si por un lado la pobreza se acentúa, por otro, crece la solidaridad; si por un lado hay corrupción en la vida pública, por otro hay mayor conciencia cívica, el pueblo quiere participar más intensamente en la cosa pública y exige mayor transparencia; se extiende el voluntariado y la solidaridad. Si por un lado indígenas y africanos siguen siendo los grupos sociales más pobres y marginados, por otro tanto unos como otros adquieren mayor conciencia de su identidad y luchan por que la sociedad reconozca el derecho a la expresión y vivencia de su propia cultura⁶. Entre los indí-

⁶ La agencia de noticias ZENIT refería el día 15 de enero 2006 que acaba de nacer en Brasil el canal televisivo "*Canal de la Gente*", creado y dirigido por gente de color y para gente de color. Suponemos que la acentuación sobre dirigentes y

genas se está abriendo paso una teología india, que expresa en su propio lenguaje simbólico y en sus propias tradiciones el misterio de Cristo⁷.

América Latina vuelve, pues, a estar en la encrucijada histórica ante anhelos y temores, ante esperanzas y tristezas. Sus temores se llaman narcotráfico y violencia, retorno de una pesadilla que parecía desvanecida de gobiernos populistas, autoritarios o de caudillaje, lucha de las nuevas ideologías como el indigenismo político más de imagen que de contenido en Perú, Bolivia o Venezuela, con eslóganes de un socialismo y de un anticapitalismo rancio como es el que enarbolan en su discurso político además de Castro en Cuba, Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Kirchner en Argentina, López Obrador y Marcos en México, y, en parte, Lula en Brasil.

Por otro lado, la llaga de la corrupción sigue abierta y sangrando; la agresividad de las sectas sigue en aumento y la sangría de católicos en el cuerpo eclesial continúa imparable. La ignorancia de la fe y la superficialidad en la vivencia de la vida cristiana sigue siendo característica de muchos católicos.

Entre los signos de esperanza y las nuevas realidades, cabe enumerar la fe en Dios de la inmensa mayoría de nuestro pueblo; la religiosidad popular, las celebraciones litúrgicas participadas; y las consignas de Juan Pablo II, que "han prendido" en suelo americano, como la nueva evangelización, el evangelio de la vida y de la familia, la presencia de los jóvenes, "centinelas del mañana", la promoción y participación de los laicos, en la vida de la Iglesia, la pastoral vocacional, el despertar del espíritu misionero con la convocación de los diversos COMLAS. Por otro lado, sigue estando profundamente arraigada en nuestro pueblo la devoción a María, la Madre de Dios, sobre todo en su invocación de Guadalupe.

destinatarios es sólo en reacción a la exclusión y marginación en otros canales públicos; y que con el tiempo su dirigencia y su audiencia se irá diversificando.

⁷ Desde la década de los noventa vienen celebrándose encuentros, congresos, convenios a nivel regional y aun continental sobre sabiduría india o teología india. En ellos participan también los representantes del Celam y de la Pontificia Comisión para América Latina. Cfr. Entre otras obras, nuestro libro "*El rostro indio de Cristo. Hacia una teología india en América Latina*", ed. Diana, México D.F. 2003.

B. Dificultades

Entre las dificultades y carencias que la V Conferencia General podría analizar y a las que podría responder con realismo y eficacia, nos permitimos señalar algunas.

No se habla suficientemente de la urgencia de la *catequesis* en las diversas etapas -niños, jóvenes, adultos, catequesis de la familia, de profesionistas, etc.-: uno de nuestros males crónicos es el desconocimiento de la propia fe cristiana frente a la irrupción de la sociedad y cultura racionalistas y secularistas, frente a las añagazas de las sectas o incluso frente a las ofertas de otras confesiones cristianas, frente a los numerosos interrogantes que hoy pone la bioética, la ciencia, la política y la economía a la conciencia de los creyentes.

Otro punto que convendría subrayar en la próxima Conferencia General es la falta de *compromiso bautismal*, el no llevar a la existencia individual y a la vida social la riqueza de gracia y la irradiación teologal que derivan del bautismo en la existencia del cristiano.

Asimismo convendría hablar más ampliamente de los *indígenas y de los grupos afroamericanos*. Es de estos últimos años la afirmación política de los indígenas, en México con el movimiento zapatista de liberación, en Perú con la presencia de un presidente de claras raíces incas, en Bolivia con un presidente aymara y con fuertes grupos políticos indígenas en Guatemala, Ecuador, Paraguay.

Sobre todo, es importante la presencia de los indígenas dentro de la Iglesia cuando ellos piden participación y cuando se está elaborando una teología india de muchas promesas. Sería un paso atrás no hablar de la teología india cuando desde mitad de los años 90 se vienen celebrando encuentros y congresos a nivel continental o regional de teología india.

Los grupos afroamericanos, además del desarraigo, sufren la marginación y no ostentan una autoconciencia de la propia identidad y de los propios valores, tan viva y tan clara como los indígenas. Sin embargo, su fuerza numérica es grande, sobre todo en Países del Caribe y costas caribeñas, en Brasil, Guayana, Belice. Su influjo en la sociedad

latinoamericana se deja sentir en campo cultural y religioso en la música, en el folclore y en los ritos afroamericanos, muy frecuentados en los países caribeños y en Brasil, ritos como la Macumba, el Condoimlé, el Vudú, la Santería, que ejercen una secreta fascinación entre el pueblo latinoamericano. Hay en ellos tanto semillas del Verbo -creencia en espíritus, contacto con el más allá, ritos y ofrendas a fuerzas superiores que guían nuestras vidas- que, debidamente evangelizadas y catequizadas, podrían llegar a ser caminos para el Evangelio-, cuanto semillas de Cristo, sobre todo en la Santería, llena de personajes que son remedos de devociones y cultos a los santos, que tuvieron su origen en la piedad católica y que haría falta reconducir a su genuina raíz cristiana.

Otro gran tema que convendría seguir estudiando es el de la *inculturación* que desde Puebla -incluso desde Medellín- ha venido desarrollándose. Afecta a todos los campos en que las comunidades cristianas, las iglesias particulares, los diversos grupos con identidad cultural nítida quieren vivir a fondo su fe cristiana y traducirla a su propia cultura (lenguas, tradiciones, modos de expresión artística, celebraciones, fiestas, ritos). La inculturación está en el corazón de la evangelización como lo enunció sabiamente Pablo VI:

“(Evangelizar significa) alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los moldes de vida de la humanidad” (Evangelii Nuntiandi, 8 de diciembre de 1975, n.19). Y añadía: *“Lo que importa es evangelizar -no de manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta en sus mismas raíces- la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen su términos en la Gaudium et Spes (n.53), tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios”* (n.20).

Imaginemos la fecundidad de la inculturación cuando además de afectar a pueblos indígenas y a tradiciones de religiosidad popular, abarque también la cultura del hombre de nuestras grandes ciudades, los ámbitos de la TV, del cine, de la prensa, de internet, el mundo del espectáculo y del deporte, el mundo de la ciencia y la política. La inculturación es una gran tarea para la misión de la Iglesia.

IV. LA HORA DE LA MISIÓN

Si tuviéramos que hacer una propuesta especial a la V Conferencia General, subrayaríamos la que nos parece gran intuición del Documento de Participación: **la misión**. De hecho entra de lleno en su reflexión al formar parte del título y tema de la misma aprobado ya por Benedicto XVI: *“Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. “Yo soy el camino, la verdad y la vida”* (Jn 15,5). Y en el capítulo III del citado Documento, titulado precisamente *“Discípulos y misioneros de Jesucristo”*, se desarrolla ampliamente el tema de la misión (nn.133-146). Por lo mismo sugerimos que la V Conferencia General de La Bien Aparecida concentre sus esfuerzos en la misión. Hay el riesgo de dedicar las fuerzas y recursos a la elaboración de un nuevo documento y de reducirse a celebrar simplemente “la Quinta Conferencia General”, dejando prácticamente invariada la situación real crítica en que el pueblo de América Latina y del Caribe vive actualmente su fe cristiana. Pensamos que es la hora, no de los documentos, sino de la acción misionera y evangelizadora. La Gran Misión en América Latina y en el Caribe, sugerida por el Papa Benedicto XVI y hecha suya por el CELAM, nos parece una gran intuición que puede llegar a ser una realidad espléndida y fecunda bajo varias condiciones, que sólo enumeramos a continuación.

La Gran Misión no ha de ser una convocatoria **puntual y limitada** a ciertos sectores –obispos, sacerdotes, misioneros, religiosos y religiosas-, sino que se ha de concebir como una situación **permanente y extendida** a todo el organismo del Cuerpo eclesial, es decir, a todo el pueblo de Dios. Sencillamente se ha de movilizar todo el pueblo creyente latinoamericano y concienciarse como portador de la luz y la sal del Evangelio para toda la sociedad contemporánea.

Su **alcance** ha de ser totalizante: esta conciencia y acción misionera ha de extenderse no solo a todos los sectores del pueblo de Dios, sino también ha de abarcar los diversos pasos de una acción misionera y evangelizadora eficaz: concientización de cada bautizado de su compromiso de testigo de Cristo, movilización concreta de todos según su condición personal, familiar, profesional y social; organización y coordinación de todos los sectores y recursos materiales y humanos de cada diócesis para una mayor eficacia en la misión; metodologías más ade-

cuadas, concretas y eficaces, con la debida adaptación a personas, lugares y circunstancias.

Ha de partir de **análisis realísticos** de la situación de la vida cristiana en la sociedad latinoamericana como tal, en cada zona geográfica, en cada diócesis o sector eclesial. Y las **respuestas** a estos análisis y diagnósticos concretos no han de ser teóricas ni sociológicas, sino pastorales, operativas, sencillas, de rápida y sencilla actuación.

La urgencia y el realismo misionero ha de llevar a actuar de forma rápida y eficaz: a cada necesidad, una respuesta operativa YA; la mejor posible o, al menos, la que en este momento sea posible.

Se ha de procurar la **implementación** de personas, medios, recursos, seguimiento, para que las iniciativas misioneras se lleven efectivamente a cabo, sean eficaces y tengan un seguimiento permanente.

Se han de **implicar** en este compromiso misionero todos los sectores del pueblo de Dios: obispos, párrocos, sacerdotes auxiliares y cooperadores de los párrocos, sacerdotes ocupados en otras actividades que también pueden y deben aportar su colaboración a la común tarea evangelizadora, miembros de congregaciones religiosas masculinas y femeninas, movimientos eclesiales, laicos de todos los sectores de la Iglesia y la sociedad.

Por fortuna, todavía cuenta la Iglesia Católica con numerosas fuerzas vivas. Además de los **obispos**, como pastores puestos por Cristo para regir a cada iglesia particular, están los **presbíteros** como parte privilegiada en la tarea evangelizadora y misionera, por su función y tarea misma – configurados a Cristo sacerdote, profeta y pastor – y por su dedicación y su cualificación. Ya cumplen con esta tarea en el trabajo que cada uno realiza, pues es siempre servicio a la causa del Evangelio dentro de cada diócesis; pero todavía se les pide más, si cabe, colaborando directa y específicamente en el anuncio e implantación de la Iglesia en lugares y situaciones concretas donde la fe católica del pueblo latinoamericano se haya debilitado, haya desaparecido o todavía no haya sido anunciada por los rápidos cambios de la sociedad actual.

Y están también los **religiosos y religiosas**. Por su mismo carisma y estilo de vida – configurados a Cristo pobre, casto, obediente y

totalmente entregado al servicio del Padre y de sus hermanos, son actores importantísimos para el anuncio y la misión en sectores específicos acordes con su carisma: hospitales y centros de salud, niños, jóvenes, ancianos, familiares, escuelas, universidades, mujeres, estudiantes, medios de comunicación social, pobres y marginados, anuncio del Evangelio en la "missio al gentes", etc.

Los Movimientos Eclesiales son hoy en la Iglesia una hermosa realidad y signo de la multiforme vitalidad con que el Espíritu Santo enriquece a la Esposa de Cristo para la vida del pueblo de Dios. Los Movimientos reúnen dentro de sus filas diversos modos de participación en el misterio de Cristo: presbíteros, religiosas, religiosos, seglares consagrados y consagradas, matrimonios, jóvenes de ambos sexos. Su capacidad de convocatoria, la fuerza y novedad de su carisma es todo un signo de la presencia del Espíritu para dar respuestas nuevas y adecuadas a situaciones nuevas de la Iglesia. Es necesario que cada uno de estos Movimientos, de acuerdo con su propio carisma y bajo la autoridad del obispo, se comprometa intensamente en el anuncio del Evangelio, en la difusión y defensa de la fe católica en las sociedades de América Latina y el Caribe.

Y están sobre todo **los laicos bautizados**, que forman la inmensa mayoría del pueblo de Dios. Ellos son el tesoro de la Esposa de Cristo para difundir la buena nueva en el mundo y para transformar las realidades temporales con el fermento del Evangelio. En esta hora de premura misionera, la Iglesia, a través de sus pastores, hace suya la pregunta del dueño de la viña a los jornaleros y la dirige a la gran muchedumbre de bautizados que no se han comprometido con el anuncio del Evangelio: "¿Qué hacéis todo el día aquí ociosos?" (Mt 20,6). Y nos parece escuchar su respuesta: "porque nadie nos ha contratado" (v.7), es decir, porque nadie nos ha invitado ni nos ha dicho cómo, ni nos ha formado, ni nos ha dejado espacio para trabajar en este anuncio. ¿No es verdad que hay mucha razón en esta respuesta? Un hecho es cierto: son muy pocos los seglares comprometidos en la labor misionera y evangelizadora de la Iglesia en sus diversísimas modalidades: testimonio de vida y caridad fraterna, difusión oral y escrita del Evangelio, anuncio de la fe en sus propios sectores y ambientes sociales - familia, profesión, círculos sociales, culturales, políticos, etc.-. Esta ausencia de participación de la mayor parte de ellos frecuentemente es debida a que los que tradicionalmente

han sido considerados responsables "ex officio" de la misión -pastores, religiosas y religiosos, misioneros - no los han invitado, no los han comprometido en la práctica, no les han "dejado espacio" para que ellos, como seglares, lleven la luz del Evangelio a los diversos arroyos modernos o a sus ambientes de vida familiar, social, profesional, cultural. Es la hora en que a unos y a otros nos dice el Dueño de la viña: "Id también vosotros a la viña" (v.7).

La Gran Misión de América Latina puede llegar a ser el hecho mayor al inicio del III Milenio: una nueva etapa en que el pueblo de Dios, en esta difícil encrucijada postmoderna y neopagana, se pone en estado de misión, toma la antorcha que Jesús ha puesto en su mano y va hacia el mundo para alumbrar su camino. El siglo XXI será de los laicos en estado de misión o no será.

ANUARIO